

GERMAN SANTAMARIA

COLOMBIA Y OTRAS SANGRES

Diez años de periodismo que pasan por
Beirut, Armero, Centroamérica, Popayán,
Las Malvinas, Siberia y la Vereda Chulavita.



PLANETA



Germán Santamaría. Nació en el Líbano, Tolima, en 1950. Ha publicado tres libros de relatos "Los días del calor", "Marilyn" y "Morir último".

Durante once años se ha desempeñado como periodista del diario EL TIEMPO. Como Enviado especial ha visitado más de 40 países y ha cubierto los más importantes hechos a nivel nacional e internacional. Como escritor ha ganado varios concursos de narrativa a nivel nacional y latinoamericano. Dos veces ha obtenido el Premio Simón Bolívar de Periodismo y en 1986 ganó el Premio Pedro Joaquín Chamorro, de la Sociedad Interamericana

de Prensa, SIP, por el cubrimiento de la tragedia de Armero.

Una encuesta reciente, lo colocó entre los tres primeros periodistas de Colombia. Ha sido dos veces Presidente del Círculo de Periodistas de Bogotá, CPB.

Como toda antología, también esta pretende presentar la mejor selección posible de las ya incontables crónicas que sobre los más diversos temas y desde las más apartadas regiones del planeta ha escrito el periodista Germán Santamaría. Pero de seguro habrá lectores que recordarán otras que no aparecen en este libro y que, en opinión de ellos, deberían haber sido incluidas.

Estos son, al igual que todo trabajo periodístico, textos escritos con premura, muchas veces de modo apresurado. Pero son, a la vez, producto de rigurosa investigación y de análisis más o menos minucioso de los hechos relatados y de sus protagonistas.

A lo largo de una década, este periodista que aún no llega a los 40 años, ha sido uno de los mejores reporteros entre los vinculados a un diario del país. Y en el caso particular de Germán Santamaría al matutino que goza de una fama de ser considerado como el más importante entre todos.

En varias oportunidades, Germán Santamaría ha recibido premios nacionales por sus trabajos para la prensa. Y esas distinciones han sido apenas el reconocimiento justo a un joven escritor público que se ha entregado en forma total al ejercicio de la que es sin duda la profesión más hermosa pero también la más exigente y una de las más duras.

Volver a leer, cuando hacen el tránsito de la hemeroteca a la biblioteca las crónicas de Germán Santamaría, es algo que hacemos con agrado quienes hemos venido siguiendo su brillante carrera desde hace algo así como dos lustros.

Germán Vargas Cantillo

Contenido

Presentación I

¿En qué país morimos?, Gabriel García Márquez	9
---	---

Presentación II

Esta rosa fue testigo, Germán Arciniegas	13
--	----

COLOMBIA: 1977-1987

La agonía de los indios pijaos	17
Réquiem por el circo	
¡El espectáculo más pobre del mundo!	25
Por los caminos de Boyacá	
Una noche con los chulavitas	31
Violencia en Trujillo (Valle)	
Vida y muerte de don Leonardo	39
Colombia desconocida	
Dos pueblos del absurdo	45
La amnistía: el final de "los generales del monte"	51
Ambalema: la grandeza que el tiempo se llevó	59
En Araracuara: así mataba un "rastreador"	69
Al exjuez de Barranquilla	
Le mataron lo que más quería	75
En Colombia	
Amor y... traición por Sartre	83

Ultimo reportaje de García Márquez	
Prácticamente vivo en la clandestinidad	87
El suicidio colectivo	
Murieron en su infernal navidad	95
La 7a. Una vía que atraviesa a Colombia	103
Obregón y su último mural 'Mi pasión son los vientos del mar'	111
Gallos en Guaduas	
Espuelazos de millonarios	117
...y de la derrota	123
La amnistía de Conrado Marín, "Efrén"	
Historia de un guerrillero solitario	129
"Don Belisario, deme p'al ataúd de mi hijo"	139
En el Magdalena Medio	
Como si fuera El Salvador	145
En las selvas del Caquetá	
Viaje al fondo de las Farc	153
Dos mundos de la coca	
El caballo de doña María Cisneros	159
Una pasión nacional	
La noche de los generales	165
Una trampa en las Antillas	
Las "mulas" caen en Curazao	171
Popayán, un año después	
La bonanza del terremoto	179
El desierto de la Tatacoa	185
El general Faruk Yanine	
'El duro' del Magdalena Medio	193
Mario Vargas Llosa	
"Perdí mis ilusiones revolucionarias"	201
Tú tan alta... yo tan bajo	
"Love Story" a la Guasca	209
Dice magistrado Humberto Murcia B.	
'Fue una masacre anunciada'	215
La niña que agoniza en el fango	
Por favor: ¡Hay que salvar a Omayra!	221
Murió Omayra pero nació Consuelo	227
Caso extraño	
La vida por unos centavos... ..	233

Armero	
Entre los vivos y los muertos	235
Armero, un año después	
El hombre que llega de noche	243
Las nostalgias de Armero	249
El asesino Campo Elías Delgado	
Hijo del póker de la guerra	255
Don Guillermo Cano	
Tan sólo el poder de la verdad	261
Nabusímake, donde nace el sol	265
La niña tejedora	267
En Barranquilla	
¡El carnaval donde los hombres bailan solos...!	269
En Nueva York	
Colombianos que triunfan	273
Luis Enrique Uribe	
Los ojos de Nueva York	277
La otra Colombia	
Solos en el "hueco" de Nueva York	
Nacho, el paisa de Queens	279
Julio, el gamín	281
Ernesto, "El coyote"	283
La masacre del Caquetá	
"Nos mataron hasta el anochecer"	289
Aún es posible	
Un hombre murió de amor... ..	295
Pepe Cáceres	
Dos corazones y un triunfador	301
El hombre que mató cinco mil toros	307
Pepe Cáceres	
¿Maté al toro? pregunta Pepe	313

OTROS MUNDOS, OTRAS SANGRES

Beirut	
La ametralladora no basta	319
Los niños de la guerra	325
Bolivia, esa mujer	331
Relato del capitán del 'General Belgrano'	
Así hundieron mi buque	335

Los pilotos de las Malvinas	
Duelo en las nubes	339
Volveré, dice Arafat	345
La muerte de una ciudad	
Beirut y sus 86 días de agonía	349
De Beirut a Damasco	
Viñetas de una guerra	355
Hace 15 años	
"Yo atrapé al Che Guevara"	361
La dramática misa de Managua	
El Papa, entre Jesús... y Marx	369
Bajo el fuego de los "Nicas"	375
En la Unión Soviética	
Por Siberia, como si fuera Boyacá	383
El amor al pie de la guerra	389
Cuando se comparte el miedo	395

Presenta

¿En qué país

El periodista Germán Santamaría se enfrenta a los pavorosos artículos abrumadores que pulsan el tiempo, los distraídos habitantes de un mundo donde el infierno no está más allá de la enseñanza en el catecismo— sino a través de los cumpleaños de corbata negra, las fiestas de bodas medievales de las montañas del corazón de Colombia, en un vasto archipiélago de Magdalena Medio, donde las tierras de las llanuras, y donde las injusticias son inmensas, de los horrores que vio y comprobó en su vida, María ha dicho que la violencia es un paraíso de pesadilla, que éste es un mundo de palabras— como un El Salvador chiquito que contradice por defecto. En realidad, su extensión es de 50 mil kilómetros cuadrados, el tamaño de la república de El Salvador. Además, la proporción de asesinatos en Magdalena Medio tiene una población de 1 millón de habitantes, mientras que El Salvador— que es un mundo— tiene un poco más de 4 millones de habitantes. El Salvador chiquito, sino otro mundo en América Central, y todavía mucho más olvidado.

Presentación I

¿En qué país morimos?

Por Gabriel García Márquez

El periodista Germán Santamaría nos ha puesto a los colombianos frente a frente con el pavor de nuestro propio fantasma. En dos artículos abrumadores que publicó la semana pasada en El Tiempo, los distraídos habitantes de las ciudades hemos comprendido que el infierno no está más allá de la muerte —como nos lo enseñaron en el catecismo— sino a sólo cuatro horas por carretera de los cumpleaños de corbata negra y los torneos retóricos y las fiestas de bodas medievales de las sabanas de Bogotá. Está en el corazón de Colombia, en un vasto atardecer que conocemos como el Magdalena Medio, donde las tierras son feraces y las aguas generosas, y donde las injusticias son inmensas y seculares. Como síntesis de los horrores que vio y comprobó durante su breve visita, Santamaría ha dicho que la violencia es tan intensa y salvaje en aquel paraíso de pesadilla, que éste puede considerarse —según sus palabras— como un El Salvador chiquito. Pero su propio testimonio lo contradice por defecto. En realidad, el Magdalena Medio, cuya extensión es de 50 mil kilómetros cuadrados, tiene más de dos veces el tamaño de la república de El Salvador, que sólo mide 21.393. Además, la proporción de asesinatos es también comparable, pues el Magdalena Medio tiene una población que no pasa de 800 mil, mientras que El Salvador —que es uno de los países más densos del mundo— tiene un poco más de 4 millones de habitantes. No: no es un El Salvador chiquito, sino otro mucho más grande que el de la América Central, y todavía mucho peor, por ser más confuso y olvidado.

Santamaría ha dicho en sus artículos que por el río Magdalena bajan los cadáveres podridos con los gallinazos encima, y que las autoridades de la ribera han decidido no recogerlos por su abundancia y su mal estado. Ha contado que en la aldea de Santo Domingo fueron exterminados todos los hombres, y que sus viudas con los niños pasan las noches en los montes vecinos desveladas por el terror. Ha contado que en la vereda de Los Mangos mataron a trece campesinos sólo porque habían asistido al velorio de dos compañeros suyos asesinados. Desde entonces, nadie se atreve a reclamar sus muertos, y los que tienen suerte son enterrados sin identidad en fosas comunes. Los otros son arrojados al río, para que se los coman los gallinazos mientras les quede algo que comer, y para que sus despojos terminen por calcinarse al sol en algún playón olvidado. Hace poco, un campesino que logró escapar de una matanza empezó su relato con una frase que barrió de un solo trazo a muchos años de literatura tremenda: "Los muertos fuimos cinco".

Quiénes son los autores de este genocidio, y con qué propósitos, es algo que no se puede establecer con precisión absoluta ni en los artículos de Santamaría, ni en otros muchos testimonios que llegan a las ciudades desde el infierno del Magdalena Medio. Una cosa queda en claro: los autores materiales son bandas armadas de pistoleros a sueldo, que matan a pleno día, unas veces a cara descubierta y otras con la cara pintada, y a quienes todo el mundo conoce pero no se atreve a denunciar. Su método, por desgracia, es inmemorial en la historia de Colombia, y nos resulta familiar por su barbarie. Los cadáveres que flotan en las aguas o que yacen sin dueño en las veredas, han sido despellejados a cuchillos, y aparecen con los órganos genitales cortados y a veces metidos en la boca, y sin lengua ni orejas. Son las mismas señas de identidad de aquella otra violencia que asoló al país desde 1948, y que causó una mortandad calculada por la prensa de la época en 450 mil hombres, mujeres y niños en diez años. Que esta tragedia vuelva a salir a flote tan pronto como las condiciones sociales le son propicias, y que lo haga con las mismas formas de su salvajismo primitivo, es algo que hace pensar en quién sabe qué componentes enfermizos e irremediables de nuestra personalidad nacional.

Los testimonios que sustentan el relato de Germán Santamaría son tan apasionados y contradictorios, que constituyen en sí mismos una prueba de la complejidad y la virulencia del profundo drama social que se vive en el Magdalena Medio. El personero de Aguachi-

ca dice sin más vueltas que las bandas son pagadas por latifundistas para robarles sus tierras a los campesinos pobres. En Puerto Boyacá, un diputado liberal ha dicho que las matanzas actuales son la reacción de los ganaderos contra la explotación y los secuestros a que los han sometido los guerrilleros durante 20 años. Señala en concreto a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), que han actuado en la región desde hace mucho tiempo, y a las que atribuye toda clase de crímenes y el cobro de más de 500 millones de pesos en rescates. Por su parte, el general Daniel García Echeverry, comandante de la XIV Brigada, con sede en Puerto Berrío, interpreta la situación —de acuerdo con el testimonio de Germán Santamaría— del modo siguiente: “Las FARC obligaron a huir a 156 finqueros para quedarse con las tierras, porque lo que se está viviendo aquí es un enfrentamiento de los partidos Liberal y Conservador, que están desarmados, contra los comunistas, que están armados por medio de las FARC”. Sin embargo, el MOIR, un movimiento legal que ha repudiado la lucha armada y el terrorismo como método de lucha política, ha visto caer asesinados en la región por lo menos a diez de sus dirigentes. Y Santamaría concluye: “Inicialmente, todo era como una campaña para eliminar físicamente a la izquierda en el Magdalena Medio. Pero después, sin pararse en contemplaciones de matices ideológicos internacionales, arremetieron contra comunistas y moiristas y después contra los ladrones de ganado en el campo y luego contra los rateros del pueblo y finalmente están matando hasta a los homosexuales”. Es tal el estado de confusión, que en una reciente visita a Puerto Berrío el procurador general de la República, Carlos Jiménez Gómez, se encontró reunido con un grupo de ganaderos entre los cuales estaban tres que él mismo había incluido en una lista de organizadores de bandas armadas, y fueron éstos quienes le pidieron cuentas por exponerlos a la vindicta pública. Tal vez, en medio de tantos intereses contrapuestos, haya en realidad muchos culpables en todos lados, y los únicos inocentes sean los pobres campesinos despojados de todo que llegan huyendo del terror a las ciudades, sin otro destino más seguro que la miseria o la delincuencia común.

En los albores de su mandato, hace ahora casi un año, el presidente Belisario Betancur prometió con más seguridad de la que era prudente que en su gobierno no se derramaría una gota de sangre. Su buena estrella, que tanto nos ha ayudado a todos, no lo ayudó en el Magdalena Medio. Tan consciente de esto ha sido él mismo, que una

de sus iniciativas más ambiciosas fue emprender para aquella región martirizada un vasto y costoso programa de rehabilitación a largo plazo, que empezó a caminar en junio pasado. Sin embargo, lo que desde entonces era más urgente, para que hoy no fuera demasiado tarde, era poner término con justicia a esa carnicería luciferina que no le hace honor a nadie, y menos a un gobernante que quiso ser el más pacífico de nuestra historia. No sería justo —por decir lo menos— que al cabo de tantos esfuerzos lograra conseguir la paz en El Salvador —como tanto lo deseamos— y no pudiera lograrla en este otro El Salvador interno que nos devora las entrañas.

Por fortuna, todavía el presidente Betancur es el más popular que hemos tenido en este siglo. A pesar del desgaste natural del poder, al cumplirse el primer año del suyo las encuestas demuestran que más del 60 por ciento de la opinión pública sigue creyendo en él, y entre ellos nos contamos muchos que no lo quisimos como candidato ni votamos por él. Esa es una fuerza volcánica incontenible, y tal vez la única que nos queda para enfrentarnos con buena fortuna al engendro tentacular del Magdalena Medio. El paso inmediato sería entender qué es lo que allí ocurre a ciencia cierta, cuál es la verdad, toda la verdad e inclusive mucho más que toda ella, y sólo el presidente de la República tiene la autoridad y la información para explicárnosla con una de esas charlas sencillas, de maestro sabio, que tanto alivio nos han causado en otros instantes difíciles de su gobierno. Sólo una conciencia nacional bien formada y mejor dirigida podrá salvarnos del desastre. Sólo el presidente puede y debe forjarla. Pues los rumbos que va tomando el Magdalena Medio —¡y Dios no lo quiera!— amenaza con convertir el tiempo de su gobierno en uno de los más sangrientos de nuestra historia.

(tomado de El Espectador)

Presentación II

Esta rosa fue testigo

Por Germán Arciniegas

Los diálogos de Germán Santamaría con Omayra quedarán en la historia del periodismo como la aproximación más feliz del simple reportero al fondo poético que se esconde en los repliegues recónditos del alma de una niña. Este Santamaría, moviéndose por la llanura de desolación que ha cubierto a Armero, la Pompeya colombiana, oyó la voz de Omayra sumergida en el lodo, atrapada entre las planchas de cemento de la casa derrumbada que cayó sobre su familia. Santamaría movilizó los cuerpos de salvamento hasta donde pudo. Había que llevar al sitio una bomba para sacar el lodo en que Omayra estaba hundida, romper las planchas de cemento... todo a donde no se podía llegar sino en helicóptero... Y pasó doce horas hablando con Omayra. Lo que ella le dijo, y lo que él recogió, forman un momento musical que quedará grabado en la memoria colombiana al otro extremo del drama que se desató del volcán. Omayra, de doce años, decía con angustia al reportero: Hoy tengo examen de matemáticas y lo voy a perder... Dramas de niña... Era la primera en la clase. Y así, así le fue diciendo cosas y cosas que llenaron horas mientras no llegaban auxilios que hubo que pedir de Bogotá... Se acercaba la noche, Omayra dijo a quienes trataban de darle calor, agua para beber y alimentos: Váyanse a dormir que deben estar cansados... Y amaneció. Habría que cortarle las piernas para sacarla de la trampa de cemento. Hay límites invencibles en estos casos, que Omayra trataba de salvar distraendo a quienes luchaban por sacarla de la trampa. Les cantaba canciones de las del patio de la escuela. Cuando ya la muerte estaba cerca, deliraba cantando. Así murió. Sólo leyendo los relatos de Germán Santamaría puede llegarse al fondo de este desolado momento de la vida colombiana convertido en un poema: el poema de Omayra.

Si en la Pompeya que en una noche quedó bajo la lava del Vesubio hubiera ocurrido un diálogo como este de Omayra y el periodista, hoy, a veinte siglos de distancia, lo recordaríamos con lágrimas. Hoy mismo, sólo cuando se concentra en una gota humana una destrucción que abarca vastas regiones y muchedumbres, se llega al fondo de la tragedia. Armero, bajo el lodo, era de los campos más ricos de Colombia. Granero de la abundancia, semillero de las flores más apreciadas del mundo, fuente que alimentaba fábricas de tejidos. Jardín, huerto, vergel, en una noche la cubre un volcán con una avalancha de hielo. Antes se decía el fuego del volcán. Ahora, el cielo, la arena, el lodo. Como las dos Guatemalas de la antigua crónica que desaparecieron en el lodo y obligaron a fundar la tercera de hoy. En Armero, de la tierra caliente, se hizo un frío de muerte, como si lo de los volcanes de fuego se invirtiera...

De Guatemala es la historia de Beatriz de la Cueva, la Sin Ventura. De esto de Colombia, quedarán los diálogos entre Omayra y Germán Santamaría. Lo de Beatriz de la Cueva lo conté alguna vez de esta manera, que no es sino el relato sacado letra a letra de los cronistas de entonces:

“La sin ventura doña Beatriz de la Cueva saltó de la cama y subió a una pieza donde estaba su oratorio, seguida de doce señoras principales que tenía en su casa, cuyos maridos se habían ido con el Adelantado. Todas juntas, con devoción y lágrimas, comenzaron a llamar a Dios. Doña Beatriz se subió al altar y se abrazó a los pies de un Cristo y le decía mil amores y ternuras cuando el aposento se descompuso y cayó sobre doña Beatriz y las demás señoras. Ahí murieron.

No faltaron personas que por consejo del Obispo acudieron a la casa del Adelantado, pero ninguno entró en ella ni la pudo favorecer, impidiéndoles el paso una vaca negra con un cuerno quebrado que traía una soga, y que con gran furia y espantosos bramidos arremetía contra todos. Con la oscuridad de la noche y la luz de los relámpagos figuraba más atroz de lo que era. Afirman muchos haber visto en el aire feísimos fantasmas al modo que pintan los demonios... El volcán de fuego parecía la boca del infierno... con la luz del día, apareció el monte descabezado, con una legua menos de subida”.

Aquí no pasó nada de esto. Quedó sencillamente la voz de la niña que perdió el examen de aritmética. Y esa rosa fue testigo...

(tomado de El Tiempo)